

Si ch' ogni sucidume quindi stinga;
 Chè non si coverria l' occhio sorpreso
 D' alcuna nebbia andar dinanzi al primo
 Ministro, ch' è di quei di Paradiso.
 Questa isoletta intorno, ad imo, ad imo,
 Laggiù, colà dove la batte l' onda,
 Porta de' giunchi sopra 'l molle limo.
 Null' altra pianta, che facesse fronda
 O che 'ndurasse, vi puote aver vita,
 Perocch' alle percosse non seconda.
 Poscia non sia di quà vostra reddita;
 Lo Sol vi mostrerà, che surge omai,
 Prender 'l monte a più lieve salita.
 Così spari; ed io su mi levai,
 Senza parlare, e tutto mi ritrassi
 Al Duca mio, e già occhi a lui drizzai.
 El cominciò: Figliuol, segui i miei passi;
 Volgianci indietro, che di quà dichina
 Questa pianura a' suoi termini bassi.
 L' alba vincea già l' ora mattutina,
 Che fuggia 'nnanzi: sì che di lontano
 Conobbi il tremolar della marina.
 Noi andavam per lo solingo piano,
 Com' uom che torna alla smarrita strada,
 Che 'nfino ad essa li par ire invano.
 Quando noi summo dove la rugiada
 Pugna col Sole, e, per essere in parte
 Ove adrezza, poco si dirada,
 Ambo le mani in su l' erbetta sparte
 Soavemente 'l mio Maestro pose;
 Ond' io, che fui accorto di su' arte,
 Porsi vèr lui le guance lagrimose:
 Quivi mi fece tutto scoperto
 Quel color che l' Inferno mi nascose.
 Venimmo poi in sul lito deserto,
 Che mai non vide navicar sue acque
 Uomo che di tornar sia poscia sperto.
 Quivi mi cinse, sì com' altrui piacque.
 Oh meraviglia! chè, qual egli scelse
 L' umile pianta, cotal si rinacque
 Subitamente là onde la svelse.

CANTO II

Gia era il Sole all' orizzonte giunto,
 Lo cui meridian cerchio coverchia
 Gerusalem col suo più alto punto;
 E la notte, ch' opposita a lui cerchia,
 Uscía di Gange fuor con le bilance,
 Che le caggion di man quando soverchia;
 Sì che le bianche e le vermiglie guance,
 Là dov' io era, della bella Aurora
 Per troppa etade divenivan rance.
 Noi eravam lunghezzo 'l mare ancora,
 Come gente che pensa a suo cammino,
 Che va col cuore, e col corpo dimora.
 Ed ecco qual, su 'l presso del mattino,
 Per li grossi vapor Marte rosseggia
 Giù nel Ponente sopra 'l suol marino;
 Cotal m' apparve, s' io ancor lo veggia,
 Un lume per lo mar venir sì ratto,
 Che 'l muover suo nessun volar pareggia;
 Dal qual com' io un poco ebbi ritratto
 L' occhio, per dimandar lo Duca mio,
 Rividil più lucente e maggior fatto.

Pero, si como dices, una mujer del cielo te anima y te dirige, no tienes que apelar á esos dulces halagos: te basta con implorarla en mi presencia.

Vé, pues, cíñele un junco flexible y liso (1), y lávale el rostro para borrar en él toda mancha; porque no conviene se presente con la vista empañada ante el primer ministro que vas á ver y que es de los del paraíso.

Esta pequeña isla allí abajo, allí al fondo, en aquel sitio que combaten las olas, produce juncos en su tierra blanda y limosa. Ninguna planta con hojas ó que se endurezca puede aquí tener vida, por serle imposible doblarse á los ataques de las aguas.

Luego no volvais por este lado. El sol que se levanta os enseñará á subir la montaña por una pendiente mas suave.»

Desapareció entonces; y yo me levanté sin hablar, y me coloqué cerca del guia, en el que fijé la vista. Hablóme él de este modo:

« Hijo mio, sigue mis pasos y volvamos atrás; ya que esta llanura va por allí bajando hasta sus últimos límites.»

El alba empujaba á la hora de la mañana que iba huyendo ante ella, y noté desde lejos la ondulacion del mar. Ibamos por la desierta llanura, como hombres que buscan el camino que acaban de perder, creyendo andar en vano hasta haberle encontrado.

Cuando estuvimos en un sitio donde el rocío combate el ardor del sol, y en el que protegido por la sombra no puede evaporarse mucho, puso mi maestro suavemente sus dos manos abiertas sobre la fresca yerba; y yo, notando su designio, le presenté mis mejillas bañadas de lágrimas; y en las que por su mediacion reapareció el color de que las privó el infierno.

Luego llegamos á la desierta playa que nunca vió navegar por sus aguas á hombre capaz de volver á la tierra. Allí me hizo un cinto, conforme nos habia sido prevenido, y ¡oh maravilla! apenas arrancaba una de aquellas humildes plantas, se veia de repente brotar otra igual en el mismo sitio del que acababa de arrancarla! (2)

CANTO II.

Ya el sol habia llegado al horizonte cuyo meridiano impone á Jerusalem su punto mas elevado; y la noche, que describe su círculo en el lado opuesto (3), salia del Ganges teniendo la balanza, que deja caer de sus manos al triunfar del dia.

Así que; allí á donde aparecia el sol, se convertian las blancas y rosadas mejillas de la hermosa Aurora, por harto crecida, en color de naranja. Estábamos aun nosotros á orillas del mar, como los viajeros que piensan en su camino, y cuyo espíritu anda, mientras su cuerpo se queda.

Pero como Marte antes de romper el dia, atraviesa los densos vapores y va á enrojecer el Poniente sobre el mar; así se me apareció un resplandor (¡ojalá pueda volverle á ver!) que con tal rapidez se acercaba por la parte del mar, que ninguna ave habria podido igualarle en su vuelo.

(1) Emblema de la paciencia, la sencillez y la humildad.

(2) Primo aviso non desistit alter. (Virg. l. vi.)

(3) Al lado opuesto del signo de Aries, en que se encontraba Dante, como dice en el canto I del *Inferno*, v. 38.